



EL ILUSTRISIMO SEÑOR DON

LUIS DORESTE SILVA

Nuestro adiós a don Luis Doreste Silva

La mano suspende por un momento la pulsación del teclado, recordando su figura. ¡Fue hace tan poco tiempo! Su figura seña se recortaba en la suave penumbra del salón-comedor que a don Luis le recordaba el de un lujoso trasatlántico. Hablaba con su voz suave y sonora que tan bellas cosas sabía decir, sobre todo cuando derramaba las flores de su oratoria sobre las mujeres que, fieles compañeras, adornaban con su presencia nuestras comidas o cenas de confraternidad profesional. En ellas, don Luis era como el hermano mayor, un compañero y amigo más. La primera invitación que salía era para él, porque todos teníamos el orgullo y la satisfacción de tenerlo entre nosotros y sobre todo de escuchar la amenidad de su palabra que se adecuaba dulcemente de los que le escuchábamos, y nos hacía, egoístamente, desear que no se acabara nunca. ¡Era tan enjundiosa y tan agradable su charla! ¡Estaba tan salpicada de anécdotas interesantes! El tenía siempre palabras de agradecimiento, por el cariñoso respeto con que sus compañeros de profesión, aunque de especialización distinta, le demostrábamos, ignorando que los agradecidos, los que no teníamos que pagarle, éramos nosotros, los que recibíamos como una merced su compañía y aquellas palabras finales, que eran después de la copiosa comida el mejor digestónico.

Una de las luces caía directamente sobre su cara de angelito bonachoso, haciéndole guíñar un poco los ojos, al herir la luz los cristales de sus gafas. Estaba de pie y hablaba lentamente, más lentamente que de costumbre, con cierto trabajo, como si le costara encontrar las palabras, muy lejos de aquella difícil facilidad de la que en todo momento hacía gala en otras ocasiones. Parecía que, aunque cerca, tan cerca de nosotros como se encontraba, estuviera muy lejos... y hasta sus ojos semicerrados por la luz, parecían querer profundizar en la lejanía... esa lejanía del más allá, del cual nadie sabe nada, por ser precisamente eso: ¡la nada!

Como todas las almas sensitivas, estaba lleno de amor, de ilusión, de fidelidad y de añoranzas. Como muchos médicos, aunque él no ejerció la profesión más que en un corto período de su vida, le gustaba escribir tanto en verso como en prosa. A pesar de sus muchos años, continuaba volcando sus impresiones sobre las cuartillas o dejaba volar su fantasía en los cortos renglones de sus versos, que cincelaba con las limpias palabras de Castilla. Pero nació un poco tarde, nació en un siglo en el que el idealismo empezaba a agonizar para dar paso a la crueldad del mecanismo y a la era industrial y egoísta. Las cosas espirituales pasaban de moda y era cursi ser sensitivo y sentimental... porque los sentimentales eran arrollados por los arribistas y los tiburones que andan sueitos en este alborotado mundo actual de la vida. ¡Pobre don Luis y qué sólo debía sentirse en estas ciudades que el genio de un escritor llamó "la jungla de asfalto"!

Tú, como el poeta, de tus soledades salías de tarde en tarde y ahora a tus soledades vas; pero esta vez para siem-

pre, a ocupar el lugar que allá arriba te corresponde, porque aquí abajo fuiste bueno, leal y sobre todo soñador. ¿Qué importa que en el fondo fueras un poco sibarita? ¿Es pecado el gustarle a uno una buena mesa? No; por eso he dicho que naciste un poco tarde. Tú debieras de haber nacido en la época renacentista, en la que se sabía apreciar el talento, la altura espiritual, la cultura y todas aquellas facetas espirituales que eran amparadas y patrocinadas por los mecenas de aquellos tiempos, que eran a su vez próceres revestidos de elegancia espiritual, que sabían agrupar y apreciar la hermandad de otras almas que tales cosas poseían. Pero te encontraste, para tu desgracia, con la crudeza de los momentos actuales, y con la enorme frialdad de las gentes, absortas en sus propios problemas, y tus alas debieron romperse, al tropezar con la tierra.

Adiós, Maestro. Adiós, querido don Luis. Tu desaparición dejará entre nosotros un vacío, un gran vacío que nadie podrá llenar, por lo menos en mucho tiempo, ya que éste, al pasar, va desgastando las aristas que pueden producir dolor de rozadura, y aliviando la pesadumbre de las grandes pérdidas. Tu recuerdo permanecerá entre nosotros durante mucho tiempo y en nuestras fiestas siempre echaremos una mirada al lugar en donde te sentabas y desde donde nos sonreías. Mas aún, mientras yo pueda, procuraré que quede tu lugar vacío y tu silla doblada, en espera de que llegues, si no en persona, si en espíritu, que es lo mejor de este barro nuestro, tan olvidadizo y tan deleznable. Y estoy seguro que después de los postres, si alguien habla, dirás tú al final, con aquella voz dulce y cariñosa: "Mis queridos amigos..."

Sí, amigos. Amigos de verdad y de los buenos. De los que te dábamos estimación, respeto y amor por saber que tú también repartías en cada momento un trocito de la inmensa bondad que albergaba tu alma y que nosotros reconocimos hace tiempo. Por eso guardaremos el lugar, tu lugar en la mesa y la silla, tu silla, doblada como en oración sobre el borde de la mesa. Será el mejor homenaje que podamos hacer conservando tu memoria. Será, como una muda oración, o como un minuto de silencio, de emocionado recuerdo. Adiós, don Luis. Aunque aparentemente tus oídos no nos escuchan, yo sé que tu alma sí recibe esta profunda y emocionada despedida de la Clase Odontológica de Las Palmas, que te dice adiós con todo su corazón.

¡Señor!,
el barro, vuelve a tus manos.
Al balancear tus bondades,
procura que pesen más
aciertos que vanidades.

CANDIDO HERRERO SERRA

La Provincia 11 mayo 1971

27 1/2 x 28 1/2

CRONISTA CF. PDDU

J. de SECRETARÍA F. CEON, GATILLO